

## CRISIS Y POLITICA

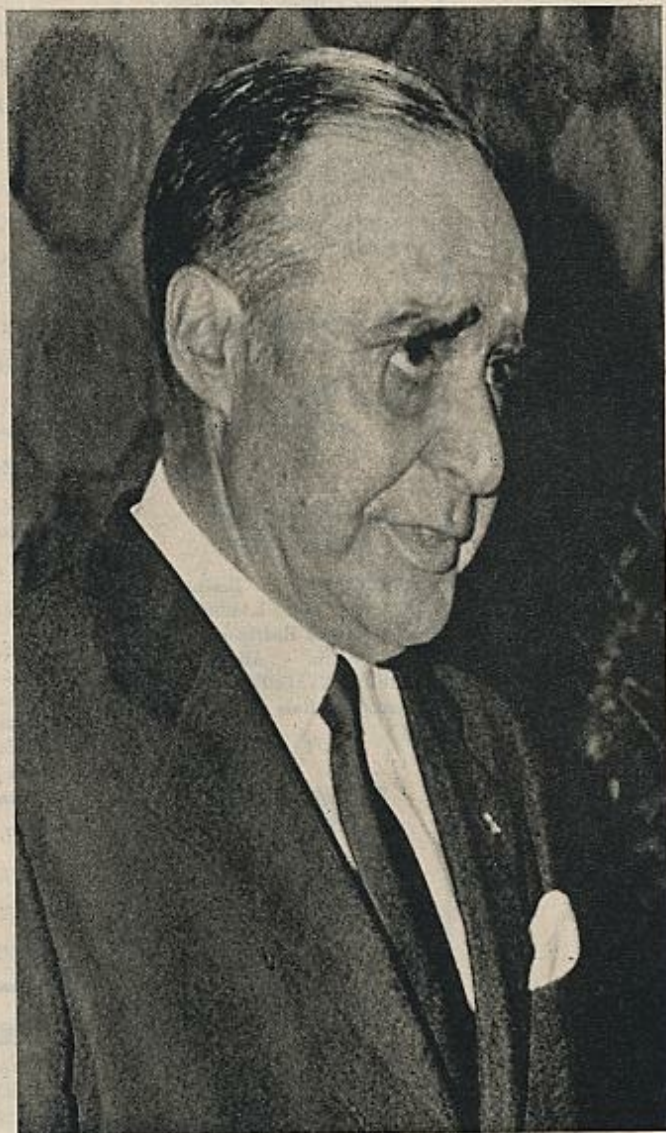
**E**NTRÉ los nuevos esquemas políticos que se están formando en el mundo para enfrentarse con la situación de crisis económica y de alteraciones posibles en las capas sociales, la más visible actualmente, y quizá la más primaria, es la de una radicalización de la izquierda y de la derecha simultáneamente. Una bipolarización. Es sólo un movimiento inicial: puede que prevalezca, puede que no. En cierto sentido, tiene una lógica: en los momentos difíciles o de amenaza, las fuerzas que tienen entre sí el parecido de defender los mismos intereses, aunque sea por vías distintas, tienden a unirse y a solidificarse, mientras que en los momentos de facilidad o de abundancia cada uno trata de buscar su propio camino. Excepción hecha, naturalmente, de las situaciones podridas o pasadas, en las que la separación de fuerzas que defienden intereses parecidos o iguales tienden a salvarse como puedan. Las tensiones mundiales de la actualidad producen ahora unos intentos de frente común. En algún sentido están favoreciendo así la política que desde hace unos años están intentando los partidos comunistas de Occidente. La política consiste en canalizar su acción a través de otras fuerzas que son o pretenden ser de izquierda, después de llegar a admitir que por sí mismas, y aun en los países donde tienen una mayoría importante, no pueden ocupar los gobiernos, porque la resistencia es grande.

**L**OS ejemplos actuales más visibles son los de Portugal y Francia. En Portugal, en situación de gobierno, con un ministro único, pero con algunos funcionarios importantes y con una hegemonía en la rama sindical; en Francia, en situación de oposición. Ninguna de las dos unidades son fuertes, políticamente hablando. En Portugal, más que el anticomunismo, predomina en algunas de las fuentes del poder la tentación de desprenderse de los comunistas para responder a las tentaciones que desde la cabeza de Occidente —los Estados Unidos, la NATO, el Mercado Común— se les hace. El spinolismo fue ya un intento serio, pero estaba radicalizado a la derecha, fue prematuro y se cortó. No definitivamente. Los spinolistas y la derecha en general esperan que la Constitución que se pueda elaborar a partir de las elecciones de marzo saque el cargo de Presidente de la República a votación popular, y creen que Spínola tendría algunas o muchas oportunidades, y algo esperan de las mismas elecciones de marzo, a pesar del desprestigio sufrido en el intento de golpe de Estado. La izquierda buscaría una postura atlantista con Costa Gomes, Presidente, y Mario Soares, jefe del Gobierno, con una posible exclusión de los comunistas. En Francia, la tirantez entre socialistas —Mitterrand— y comunistas —Marchais— no decrece. Los grupos sindicales han dado ya una voz de alarma a los políticos del riesgo que supone para una situación futura esta división. El hecho es que en Francia, como en Portugal, como en la mayor parte de los países de Occidente, la tentación de la izquierda de aliarse con los partidos comunistas para obtener votos y apoyo sindical es grande, pero también es grande la de mantener la antigua cuarentena y conservar algunas distancias. Es decir, jugar con la amenaza a la derecha conservadora y a los Estados Unidos de su alianza con los comunistas y medir después las ventajas que se le ofrecen para abandonarlos. Todos estos movimientos, hay que repetirlo, son muy primarios, muy de primer estadio de la crisis, cuando todavía están jugando no solamente los elementos y las presiones de la situación anterior, sino la de la anterior a la anterior: la guerra fría. La política es siempre lenta y siempre va con una o dos situaciones de retraso.

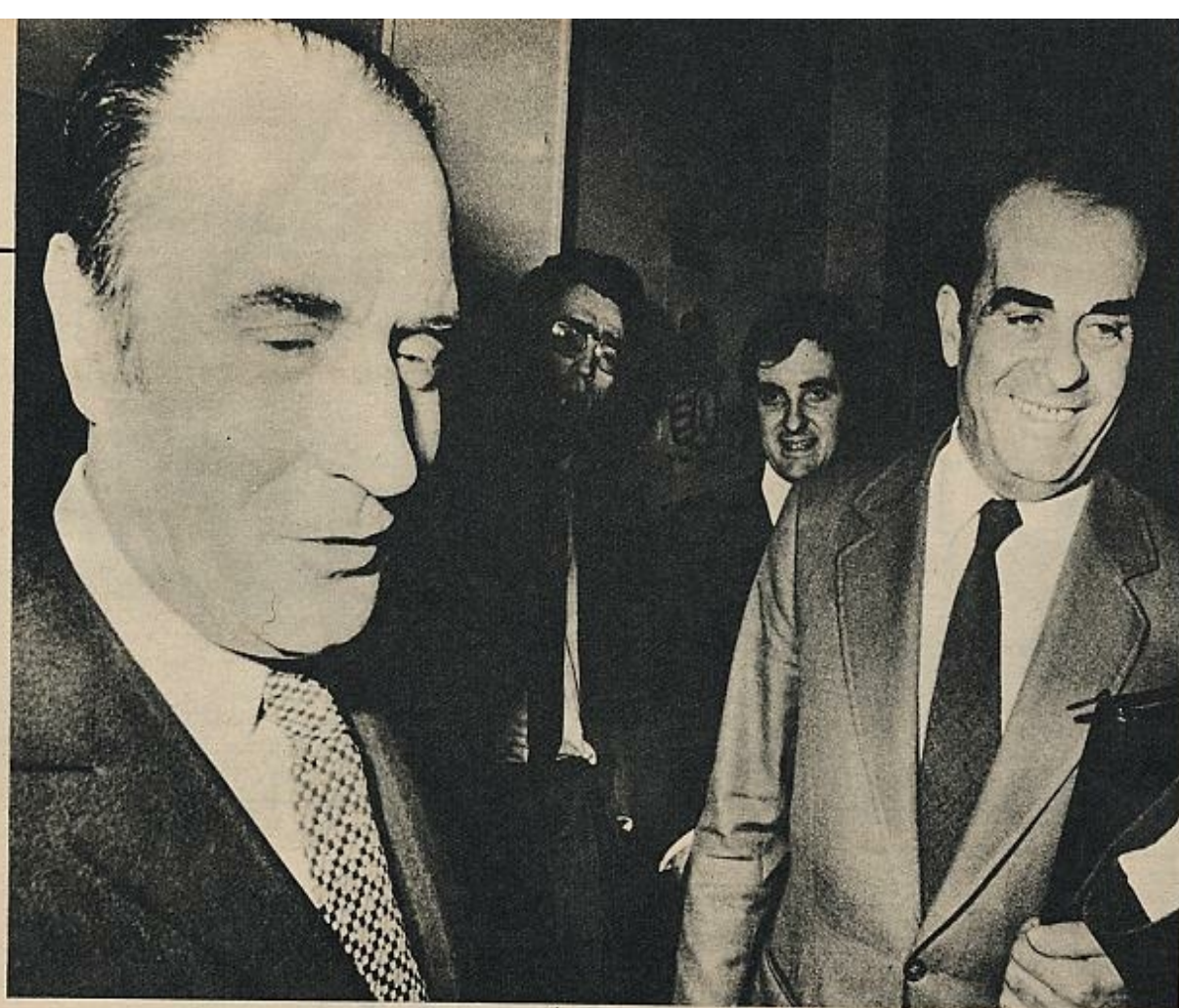
**C**HILE fue un ejemplo típico de la alianza con los comunistas y de las amenazas reales que esperan a quienes cumplen esa alianza en ciertos países. El ejemplo se ha barajado mucho en todos los sentidos. Pero algunas noticias chilenas indican que en la oposición, en la resistencia, en la clandestinidad, se está fraguando una política de unidad típica de los tiempos difíciles. En la derrota, los partidos de la Unidad Popular comenzaron a culparse unos a otros; ahora buscan de nuevo la forma de la cohesión. La represión no ha sido demasiado hábil, ni lo ha pretendido. Ha intentado únicamente ser disuasora, dura, quirúrgica. Por ser una anti-política no ha tenido en cuenta la política. La unidad que se busca ahora tiende a complicar a la propia democracia cristiana, que después de haber creado el ambiente necesario para el golpe de Estado se ha encontrado también víctima de él. El partido comunista chileno ha propuesto ahora —en su manifiesto del 26 de diciembre— «la creación de un frente amplio antifascista, englobando todas las mujeres, todos los hombres y todos los jóvenes de nuestro pueblo», según sus palabras. Se dirige muy especialmente a la democracia cristiana. «Sin ninguna duda, los

acontecimientos de ayer y de hoy separan a los marxistas de los demócratas cristianos. Pero tenemos un interés común, y la historia de nuestro país ofrece una lección clara: cada vez que somos capaces de desarrollar una acción común y de unirnos, resulta un bien para el pueblo y para la nación».

**E**L mismo fondo de atracción se encuentra en la campaña que está realizando el partido comunista en Italia para llegar al «compromiso histórico», es decir, la alianza con la democracia cristiana para llegar a una coalición. Lo que está sucediendo en Italia es muy interesante de observar, incluso más que lo que sucede en Portugal. Portugal surge de



Los spinolistas y la derecha en general esperan que la Constitución que se pueda elaborar a partir de las elecciones de marzo saque el cargo de Presidente de la República a votación popular, y creen que Spínola tendría oportunidades, a pesar del desprestigio sufrido en el intento de golpe de Estado.



En Francia, la tirantez entre socialistas —Mitterrand— y comunistas —Marchais— no decrece. Los grupos sindicales han dado ya una voz de alarma a los políticos del riesgo que supone para una situación futura esta división.

unas situaciones excepcionales —un fascismo largo y un golpe democrático— y está buscando un camino; Italia, en cambio, es para muchos el modelo de la crisis que va a descolgarse sobre la Europa occidental, pero realizada con unos años de anticipación. Siempre hay que desconfiar de esos modelos, porque cada país tiene una situación, una economía, una base nacional que le diferencia notablemente de los demás. El caso de Italia es el de un país que se inmovilizó en un centro-izquierda, que ha dado un gobierno más bien paralizado y escasamente resolutivo, mientras la dinámica de vida se multiplicaba en razón geométrica, y en razón geométrica crecían los problemas. El intento de ruptura de este inmovilismo es el de buscar una alianza que una a los esfuerzos de gobierno el segundo partido del país, el comunista, y su fuerza sindical; el vector contrario a esa fuerza es, desde luego, la derecha conservadora y los Estados Unidos. Los Estados Unidos hacen los suficientes signos disuasorios —el aislamiento de Portugal de sus circuitos económicos, los premios a Grecia por haber reducido al comunismo—, más algunas gestiones muy directas sobre los partidos del centro y la izquierda socialista. El partido comunista italiano ofrece ahora como ejemplo del «compromiso histórico» el alcanzado a nivel local en Venecia, donde el alcalde, Giorgio Longo —demócrata cristiano—, ha firmado un documento común con los socialistas, los socialdemócratas y los comunistas para hacer frente a los problemas de la ciudad. A su vez, la derecha se radicaliza: republicanos, liberales y neofascistas (MSI) se oponen. Desde el punto de vista nacional, el acuerdo de Venecia es la base de muchas especulaciones. «L'Unità» —órgano oficial del partido comunista— dice que «el sentido profundo de lo que ha sucedido en Venecia se encuentra en la afirmación de que es necesario gobernar de una manera nueva la ciudad. Se trata de un hecho político importante, y el Consejo municipal ha demostrado que era plenamente consciente de ello». De donde moderadamente desprende la idea de que hay también una necesidad de gobernar de una forma nueva al país entero. La posición de los demócratas cristianos es de alguna inquietud. Ya el secretario general, Fanfani, ha advertido de los límites de ese acuerdo, «según las reglas aprobadas por el partido». Los concejales demócratacristianos deben asegurarse de que esos límites no se sobrepasarán nunca. Los dirigentes de la democracia cristiana de la región de Venecia están obligados a verificar la aplicación de los principios en nombre de los cuales han pedido y obtenido el voto de sus electores».

EN Alemania Federal, la radicalización hacia la izquierda se está desarrollando dentro del propio partido socialdemócrata. Los socialistas han sufrido una considerable contracción desde la caída de Willy Brandt, que representaba una cierta izquierda, un compromiso entre los distintos sectores del partido, que satisfacía a todos —menos a los más extremos—. Su sustitución por la derecha cerrada de Schmidt ha hecho

pensar al partido (a las alas izquierdas del partido) que no ofrecen una opción suficiente frente a la democracia cristiana, y que la política actual es insuficiente en caso de crisis. Hay que tener en cuenta que la RFA es el caso contrario a Italia: si Italia es la vanguardia de la crisis, Alemania Federal es la retaguardia, el país que ofrece ahora mayor solvencia económica y mayor tranquilidad social. El partido ha encargado a una comisión el estudio de un programa «a largo plazo» que determine la política del partido hasta 1985. Probablemente es un trabajo en el vacío, porque nadie puede saber lo que sucederá de aquí a 1985 en el mundo. Puede considerarse más bien como un estudio de la situación actual. Las tesis de la comisión —situada en el centro del partido— se inclinan considerablemente hacia las tesis de las alas de la izquierda, y su cálculo no es tan lejano como se proponía: las elecciones de 1976. Del año —ya— que viene. El texto rechaza conclusiones anteriores del partido, según las cuales «el Estado es un árbitro neutro y autónomo permanente, por encima de intereses contradictorios». Esta concepción ha producido —dicen los informantes— «que la República Federal Alemana sea hoy una sociedad de clase». Si estos socialistas rechazan todavía un control directo del Estado sobre la industria y la iniciativa privada, pretenden, sin embargo, que se aplique una «corrección social» que suponga una intervención indirecta: es decir, tenderá hacia la igualdad de las clases sociales mediante sistemas de primas, desgravaciones fiscales, mayor seguridad social, a la mejora de las clases débiles. Al mismo tiempo, deberá «dirigir» la economía de cierta forma: por incitaciones a invertir en determinados sectores o en determinadas regiones, de forma que se equilibren al mismo tiempo las necesidades de producción y las desigualdades regionales. La insistencia de la fórmula política de la comisión se centra en la frase «socialismo democrático», tratando de salvar así las diferencias que existen entre un socialismo dirigista y una democracia liberal que autorice sin límites el desarrollo de la iniciativa privada. Muchas de estas tesis figuran en los programas y manifiestos del ala izquierda del partido.

TODOS estos movimientos europeos occidentales son, por una parte, prematuros, porque la situación de crisis no ha producido todavía los cambios de clases sociales que puede producir —es decir, grandes sectores de la burguesía arrojados hacia las clases inferiores, y todas las clases inferiores en situación más precaria y difícil que la actual—, y, por otra parte, retrasadas, porque arrastran una gran cantidad de ganga procedente de situaciones anteriores que no van a prevalecer. Son movimientos muy indicativos, sin embargo, de que los países que están afectados o van a serlo y sus principales partidos no se limitan a esperar lo que suceda y a tener confianzas providenciales, sino que buscan con cierta angustia su camino. ■